

XXIX

El general Díaz asalta y toma la plaza de Puebla el 2 de Abril de 1867.

H E M O S dejado á Márquez, con una columna de algunos 4.000 hombres, saliendo de la capital con dirección á Puebla. Su marcha la advierte el general Leyva, que se hallaba en Tlalpam con tropas de infantería y caballería, en observación sobre México, y la comunica al general Díaz el 31 de Marzo, en que el nombrado lugarteniente del Imperio llegaba á San Cristóbal Ecatepec, de donde lo mismo podía dirigirse á Querétaro que á Puebla. Así es que el general en jefe republicano ordenó que lo vigilaran y se le diera aviso violento de sus movimientos, lo cual bien podía hacerse con la rapidez deseada, pues habíanse apurado los recursos para facilitar la comunicación, como se ve del período siguiente, que copiamos de la Autobiografía que nos sirve de guía en este trabajo:

«Había yo mandado,—dice el general Díaz,—establecer un telégrafo militar por la cuesta de Río Frío hasta Tlalpam, y otro hasta Apizaco, para tener comunicación fácil y violenta con las distintas fuerzas que estaban á mis órdenes. Además tenía en Apizaco una locomotora, con objeto de observar al enemigo y recibir noticias exactas de sus movimientos. Cuando por telégrafo se me avisó el 31 de Marzo que Márquez seguía su marcha por la vía de los llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla, resolví en mi ánimo la norma de conducta que debía seguir.»

Ante la mente del general en jefe de las fuerzas sitiadoras se presentó el problema que envolvía la aparición de Márquez por su espalda, en la forma de un terrible dilema. Si se retiraba, sus fuerzas se desmoralizarían; y si marchaba á encontrar á Márquez, las tropas sitiadas tomarían su retaguardia y así las probabilidades de éxito estarían de parte del enemigo. No vaciló mucho, al tocar en lo desconocido, que está por venir, los extremos de la disyuntiva: su valor heroico y su genio militar tomaron un rumbo diverso, respecto de lo que de un modo natural las circunstancias presentaban como hacedero.

Pulsó aquellos extremos del dilema; sintió palpar en ellos las consecuencias ordinarias de esos casos comunes, y su espíritu ardoroso se elevó en concepciones heroicas para buscar en lo alto, en la región del fuego sagrado á que sólo ascienden, sin quemar sus alas, los privilegiados, tremenda solución, para vencer en lucha aterradora ó caer glorioso en la feroz porfía.

No vaciló mucho, repetimos, en resolver lo que, por los peligros que ofrecía, por los sacrificios que demandaba, difícil era imaginar.

Optó por dar un asalto general á la plaza, contando con un efectivo casi igual al que iba á

atacar, y que se hallaba cubierto con fuertes y trincheras y armado con gran número de bocas de fuego. ¡Ello parecía una locura!

Y veamos con qué serena naturalidad habla el general de solución semejante:

«Me decidí,—expresa,—á asaltar la plaza y empecé á alejar todos mis enfermos, heridos y bagajes rumbo á Tehuacán, con objeto de ponerlos á salvo para el caso de que mi asalto tuviera mal éxito; pero sin decirle á nadie cuál era mi propósito, por cuyo motivo todo mi trabajo preliminar fué interpretado por los amigos y enemigos que de él se apercibían como preparativo de retirada hacia el rumbo de Tehuacán y Oaxaca.

»No podía verificar ningún apresto que indicase mi intención de atacar, y en consecuencia, nada hice que se interpretara en ese sentido hasta bien entrada la noche del 1.º de Abril; pues si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, habría, por la falta de secreto, fracasado del todo. Preparado el enemigo, inútil hubiera resultado el sacrificio que el asalto entrañaba.

»Cuando ya no me era posible ocultarlo por más tiempo, porque llegaba el momento de su ejecución, lo comuniqué al general D. Ignacio R. Alatorre, que me servía de cuartel-maestre, y le ordené citara para una junta á todos los jefes en quienes me había yo fijado para el mando de las columnas que debían operar; cita que tuvo efecto en una casa que estaba en el centro de las líneas, á fin de que cada jefe no se alejara mucho del lugar que le estaba encomendado.

»Así se verificó, y sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente á cada uno, yo y el cuartel-maestre, las operaciones que tenía que practicar, señalando la fuerza de que debía constar su columna de asalto, la trinchera de que debía apoderarse y la puerta ó puertas que debía destrincherar, para hacer por allí su salida.

»Ninguna columna aparecería á una distancia mayor de cien metros de la trinchera que debía atacar, y algunas lo harían á menos de cincuenta. Tales habían sido antes nuestros trabajos de aproche.

»El perímetro retrincherado del enemigo afectaba una forma elíptica, casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur á Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un falso ataque, que llamara fuertemente la atención del enemigo é hiciera concurrir en su protección á la mayor parte ó á todas sus columnas de reserva.

»Determiné la formación de diez y siete columnas de asalto, con el propósito de emplear tres de ellas en ese ataque falso y sucesivo sobre el Carmen, y con tal objeto retiré, luego que entró la noche, toda la artillería que estaba distribuída en nuestra línea de aproches y la establecí pasajeramente sobre las trincheras del Carmen, que hacían sus fuegos al Sur.»

Ya se ve por todo lo que dejamos transcrito, que no era una empresa inconsiderada aquella á que el general Díaz estaba para lanzarse. No iba á jugar á ciegas el azar de las armas, cometiendo un acto de desesperación, sino que, superior á la grave situación en que se hallaba, sabía dominarla, y fijo su sereno pensamiento en los grandes intereses que emanaban de sus actos, en aquellos críticos momentos ponía en acción su poderosa iniciativa, su fascinación en los que mandaba, combinando sus elementos materiales para buscar ventajas, y cuidaba hasta de los heridos que tenía, alejándolos de aquel escenario de lucha hasta la muerte ó hasta el triunfo.

Razonadora audacia, heroísmo y genio había en la resolución del general en jefe de las fuerzas

sitiadoras. Parece que semejante caso inspiró, á los que esto escribimos, ciertas frases de nuestras *Conversaciones militares*, publicadas en 1879:

«La audacia en la guerra,—dicen,—es propia de los hombres de genio; pero no es que ellos, sólo por una inspiración inconsiderada, emprendan fantásticas empresas, que el águila, antes de lanzar su vuelo, medidas tiene sus fuerzas para levantarlo; y así, esos hombres, abrazando con talento y con saber toda una situación con su mirada, computan con rapidez el tiempo, el modo y la oportunidad para batir al enemigo con ventaja, y como un proyectil caen sobre su punto débil, que de antemano habían previsto. Siempre, pues, son guiados por el sano criterio de sus concepciones, que son veloces como el relámpago que en instantes ilumina el firmamento. Esos *bien pensados* golpes de audacia, valiéndome de una frase de Setani, espantan como el trueno y hieren como el rayo.»

Un grandioso ejemplo de esa verdad es, en efecto, el asalto de Puebla el 2 de Abril de 1867.

Pero oigamos la voz del general Díaz, que dispone ese histórico ataque y que parece suena en la parte que copiamos de su Autobiografía, en que se expresa así:

«Las tres columnas preparadas para el falso ataque estaban mandadas: la primera, por el teniente coronel D. Jesús Figueroa; la segunda, por el general D. Eutimio Pinzón, y la tercera, por el general D. Luis Pérez Figueroa.

»Las de ataque verdadero estaban á las órdenes de los generales D. Rafael Cravioto, D. Doroteo León, D. Ramón Márquez Galindo, D. Francisco Carreón, D. Juan Crisóstomo Bonilla y D. Manuel Andrade Párraga; coroneles D. Luis Mier y Terán y D. Vicente Acuña; tenientes coroneles D. Juan de la Luz Enriquez, D. Francisco Velázquez, D. Jenaro Rodríguez y D. José Guillermo Carbó, y mayor D. Carlos Pacheco.

»Cada columna tendría, por término medio, ciento cuarenta hombres.»

¡Dos mil trescientos ochenta soldados sumaban apenas aquellas fuerzas, que se veían en esta vez obligadas á vencer!; tales eran las circunstancias. Pero sigamos los apuntes del general:

«El siguiente fragmento,—continúa diciendo,—de la orden que se dió á media noche del 1.º de Abril de 1867, expresa á qué jefes se confió el mando de cada una de las columnas y su respectivo punto de asalto:

» 1.ª Al general D. Rafael Cravioto, asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

» 2.ª Al general Carreón, asalto de las trincheras de las calles de Betlem é Iglesias y la brecha abierta en la manzana de Malpica. El asalto lo encabezará con cien hombres el jefe del batallón de zapadores, teniente coronel D. Jenaro Rodríguez.

» 3.ª A D. Vicente Acuña, asalto de la fortificación de Iglesias, que lo llevará á efecto con ciento cincuenta hombres.

» 4.ª Al teniente coronel D. Francisco Velázquez se le encomienda que ataque la calle paralela á la manzana de Malpica.

» 5.ª A los ciudadanos coronel D. Luis Mier y Terán y teniente coronel D. Juan de la Luz Enriquez, se les previene que asalten las trincheras de la calle de Miraflores.

» 6.ª Al teniente coronel D. J. Guillermo Carbó, que se posesione del Noviciado.

» 7.ª Al ciudadano general D. Juan C. Bonilla se le confía la toma del parapeto del costado de San Agustín.

» 8.ª A los jefes D. Luis Pérez Figueroa, Andrade, D. Doroteo León, Vázquez Aldana y otros, que concurren por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.

» 9.^a Al mayor D. Carlos Pacheco, el asalto de la calle de la Siempreviva.

» 10.^a Al coronel D. Manuel Santibáñez se le previene que, en los momentos del asalto, ocurra al convento de San Agustín.

» 11.^a El general Alatorre, con una columna de reserva del 3.^o de cazadores, ocurrirá á todos los lugares en que hubiere necesidad de su auxilio.

»El total de mi artillería consistía en diez y ocho bocas de fuego, de sitio, de batalla y de montaña; y aunque con riesgo, la establecí á menos de medio tiro de las trincheras que debía batir por el Carmen.

»El enemigo había cometido la falta muy grave de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras; falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera, tuviera uno correlativo sobre la opuesta, porque, de ese modo, todos los fuegos que pasaran por encima de la trinchera atacada, herirían por la espalda á los defensores de la opuesta; y esto, tratándose de un ataque dado en medio de las sombras, sugeriría evidentemente á los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había logrado franquear sus fortificaciones de retaguardia.

»Las tres columnas que habían de hacer el ataque falso, fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que las ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta.

»Colocadas respectivamente las otras catorce columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su avance, hice suspender un gran lienzo, formado de piezas de manta, de un alambre tendido de torre á torre de la iglesia del cerro de San Juan, que colgaba hasta el suelo; cuyo lienzo, empapado en aguarrás, debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes á todos los jefes de columnas de asalto verdadero, que la luz que ese incendio produjera, sería la señal para que se lanzaran.

»Tomando en cuenta que todas las trincheras que iban á atacarse estaban protegidas, desde antes que se pudiese llegar á ellas, por tiradores colocados en las alturas de azoteas y balcones, en ventanas y hasta en paredes aspilleras, para neutralizar en parte el mortífero fuego de tiradores semejantes, de mi legión de honor, compuesta sólo de jefes y oficiales que no tenían colocación en filas, formé grupos dotados con escaleras para que, en los instantes del general ataque, subieran á lo alto de las manzanas enemigas é introdujeran con sus fuegos el desorden en los que las coronaban.

»Desde que la noche vino, había yo prohibido que se hicieran disparos en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en caso de que el enemigo pretendiera salir.

»Este silencio, que pronto fué observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba á doce leguas más ó menos á nuestra espalda, y el alejamiento de nuestros bagajes, en la tarde, debió hacer creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de nuestras líneas.

»Dispuesto todo en la forma indicada, me situé cerca de la Alameda vieja, en un punto desde donde podía vigilar las operaciones de algunas de las columnas de asalto verdadero y de las tres que debían ejecutar el ataque falso.

»Era tal mi escasez de municiones, que á última hora tuve que recoger á la caballería sus cartuchos para darlos á la tropa de asalto, expresando que, si esa arma tenía que batirse, lo hiciera con sus lanzas y sables. La fuerza montada, en espera de órdenes, quedó colocada al Sur, frente á los cerros; y ello así, podía servirme para cualquier evento y hasta para una retirada.»

A las tres menos cuarto de la mañana, los cañones del general Díaz, frente al Carmen, lanzaron de improviso sus proyectiles; y tras esa preparación quebrantadora, sucesivamente, á paso veloz, avanzaron sobre la fortificación enemiga las tres columnas de falso ataque; pero su demostración fué de verdadero asalto, pues no obstante que el trayecto que habían de recorrer era extenso y en llanura limpia, la primera se acercó á distancia de cien metros de la trinchera que le servía de objetivo, la segunda tocó el foso, y la tercera dejó algunos de sus muertos dentro de él. Al retroceder, se organizaron en el punto inicial de partida.

Demostración tan viva, hizo, como el general en jefe lo deseaba, que las reservas de la plaza acudieran al lugar así atacado, y calculado por el mismo, el mejor momento de esos instantes, mandó dar la señal convenida para que se incendiaron los lienzos suspendidos de lo alto de las torres en la iglesia del cerro de San Juan. Lamearon de repente, con inmensa llamarada, y el resplandor rojizo que extendieron sobre la ciudad, arrojó simultáneamente sobre ella á todas las tropas de asalto.

El fragoroso estruendo del combate en breves segundos se hizo oír por todos los ámbitos de Puebla, asaltantes y defensores estaban en porfiada lucha: los unos parapetados, y los otros avanzando al descubierto, con fuego al frente, arriba y á los costados.

Como cintas de lumbré brillaron los fognazos de líneas de fusiles, con grandes lampos intermedios, que acusaban los fuegos de cañón.

Las columnas asaltantes dejaban reguero de muertos y de heridos, á su rápido pasar por las calles, para así llegar sus mutilados restos á las trincheras enemigas, franquear sus fosos, asaltarlas y vencer.

Las columnas antes rechazadas por el Carmen, unidas cargan y se apoderan de la posición de donde, parcialmente, se les había hecho retroceder.

¡Qué refriega tan terrible, en los instantes que, tras la negrura de la noche, comenzaba á alborrear la luz del día!

Dice el general Díaz en los apuntes referentes:

«El fuego vivísimo de fusilería y de cañón no duraría, en todo su vigor, arriba de diez minutos, y á los quince ya no quedaban defendiéndose más que las torres de Catedral y las alturas de San Agustín y del Carmen.

»Los fuertes de los cerros, que no sólo no habían sufrido ataque alguno, sino que habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre ella y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, al comenzar á amanecer.»

Para dar somera idea de los esfuerzos que debió verificar cada columna de ataque, veamos lo que dice el general, respecto de esto, y con especialidad cómo pinta la sangrienta marcha de una de ellas:

«Los asaltantes de cada trinchera tenían, en general, antes de tocarla, que penetrar en un trayecto dado por un canal de fuego que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas, y que afrontar el cañoneo y fusilería de la trinchera á que se dirigían.

»En estas condiciones estaba especialmente el fortín de la calle de la Siempreviva, que tocó asaltar al comandante D. Carlos Pacheco, quien peleó con brío. Al comenzar el asalto le lanzaban de las azoteas, no sólo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas, puesto que solamente